Historia de Doña Blanca de Navarra

Madrid

[1894?]

(CUATRO PLIEGOS.)



HISTORIA

DE

DOÑA BLANCA DE NAVARRA,

PRINCESA DE VIANA.

MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA

DE

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

CAPITULO PRIMERO.

La gitanilla de oro.—Combate de caballeros.—Huéspedes inesperados.—Primera impresion de amor.—Los combatientes amigos.

En la época que vamos á bosquejar, las guerras intestinas asolaban el reino de Navarra. Las poblaciones pequeñas estaban casi desiertas á causa de las contínuas tropelías de los bandos beligerantes, y aquellas en que se habia refugiado un gran número de habitantes, esperimentaban las calamidades propias de unos tiempos en que dos partidos fuertes se disputaban el terreno, el odio entre personas de una misma familia, el hambre, la peste y los contínuos sobresaltos. El partido que contaba con más recursos era el de los nobles, defendiendo al rey don Juan II, quien se habia coaligado con Luis XI de Francia y recibido de él grandes sumas de dinero. El bando contrario se componia del pueblo, que amando la independencia de su nacion, proclamaba al hijo del rey, el príncipe de Viana.

Por los años de 1461, en Lodosa, pequeña aldea de Navarra; vivia en una de las casas más pobres y solitarias una mujer como de unos cuarenta y cinco años, á quien el vulgo nombraba la *Gitanilla de oro*, á causa de que su traje y costumbres eran de gitana, y á pesar de no haber en su casa más que pobreza, aunque aseada, siempre que algun desgraciado recurria á ella, era socorrido á pocas horas, ya por mano de ella misma ó ya por medios inesperados y extraños. La inquisicion no dejaba de vigilarla de cerca; pero nada lograba probarla que fuese censurable, aunque hacia cosas que podian tenerse por prodigios. De su orígen ni familia nada más se sabia sino que veinte años antes, en ocasion que sufrian en Navarra una terrible persecu-

cion los judíos no convertidos al cristianismo, y aun muchos de los recien convertidos, la gitanilla se habia presentado en aquella aldea con apariencias muy misteriosas, y desde entonces ocupaba la casa de un arrabal. En los primeros tiempos no se la veia nunca salir de su albergue; diariamente llegaba á su puerta un embozado á caballo; entraba, se detenia brevísimos instantes, y á rienda suelta se volvia por el camino que habia venido. Como semejante conducta precisamente habia de despertar la curiosidad de los vecinos, todos la espiaban; pero nadie logró sacar nada en claro: algunos creyeron descubrir que las más de las noches al canto del gallo se veian á través de las ventanas cruzar algunas sombras, lo cual indicaba que dentro habia más de una persona, pero á nadie se veia entrar ni salir, aunque guardaban la puerta toda la noche, y cuando alquiló la casa la gitana todos la vieron entrar sola. Por todo esto se la creyó, como á todas las gitanas de sus tiempos, ocupada en hechizos y brujerías.

Un año se habia pasado en aquel encantamiento, cuando corrió la voz por el pueblo de que la noche anterior se habia notado dentro de la casa más movimiento que de costumbre y se habian percibido algunos agudos chillidos. Llegó esto á noticia del inquisidor y mandó que se hiciese un escrupuloso registro en la casa de la advenediza; mas nada se halló ni se pudo probar de las sospechas del vulgo. Desde entonces principió á dejarse ver la gitana; salia de su casa con frecuencia, se esmeraba por asistir á los enfermos, los aliviaba muchas dolencias con ungüentos y yerbas, de que poseia grandísimos conocimientos; socorria con dinero á muchos necesitados y dirigia varios asuntos con sus consejos, que se tenian por adivinacion. El embozado ya no la visitaba, pero recibia mensajes de personas distinguidas, que sin duda la buscaban para valerse de su ciencia. Contra la natural costumbre de las de su secta, la gitana era de un carácter amable, sin zalamería; sus modales muy delicados y su aspecto siempre triste y reflexivo. Por tales medios llegó en poco tiempo á grangearse todas la voluntades, cundiendo la fama de sus virtudes por aquel reino, siendo su casa un asilo inviolable, sin que nadie osase causarla el menor agravio.

En una deliciosa tarde, á fines de Agosto del citado año 1461, se hallaba sentada á la puerta de su casa, preparando algunas yerbas para sus medicamentos. El sol, ya próximo al horizonte, se habia ocultado tras de una densa ráfaga: el viento meció con violencia las ramas de una encina inmediata, y el grito penetrante de un buho hizo extremecer á la gitana. Suspendió su tarea, y como si en aquel momento asaltaran su imaginacion ideas olvidadas, exhaló un hondo suspiro, alzó los ojos al cielo y dos lágrimas rodaron por sus mejillas: luego, haciendo un esfuerzo para fijar su pensamiento, dejó escapar estas palabras: «Sí, hoy es 29 de Agosto... Esta noche á la una y media... ¡hace diez y nueve años!... ¡y en tanto tiempo no haber vuelto á saber de él!... ¡tantas diligencias sin resultado! ¡Ah! si su padre no se hubiera siempre rodeado de impenetrables misterios, tal vez habria sido más fácil hallarle. Pero, ¿á qué tanto empeño en ocultarme á su familia?... Ya se ve... una pobre gitana... ¡Oh, pues, sin embargo, la gitana podria ser digna de un príncipe! ¡Y él hace tambien ya un año que ha desaparecido!... ¿Será que haya resuelto abandonarme?...

Aquí prorumpió en amargo llanto, y despues de algunos instantes, conteniéndose de repente, exclamó: «¡Ah, tambien este recuerdo!... ¡Cuántos pensamientos me asaltan á la vez!... este me atormenta por todas partes... este... es el crímen de mi vida... ¡Un niño robado á sus padres!... y yo le robé! ¡Sí, solo un engaño... solo una amenaza en que peligra la vida del objeto para mí más precioso, pudo arrastrarme á tal infamia. Perdon, Dios mio, perdon!...»

Quedó algun tiempo sumida en un profundo abatimiento, y rompiendo, al fin, en una especie de delirio, entonó con suave y lastimero eco esta cancion al estilo de su país:

Breves los instantes son
que las dichas nos ofrecen,
cuanto amargas permanecen
las penas del corazon.
¡Ay del que nace á gozar
ilusiones de una hora,
y toda su vida llora,
sin poderse consolar!

Al concluir su cántico se alzó del asiento, cogió el canastillo en que tenia las yerbas y entró en su habitacion: principiaba ya la noche; al cerrar la puerta hirió su vista un terrible relámpago, y un furioso trueno conmovió toda la casa.

Mientras en el arrabal de Lodosa pasaba la escena que acabamos de describir, por el camino de Mendavia en Direccion á Viana marchaban cinco caballeros acompañando una litera. De los cinco, el uno, armado de punta en blanco y la visera calada, marchaba al frente de los otros cuatro, y al ver que el sol se ponia, dijo con acento severo:

—Se nos acerca la noche, el cielo principia á encapotarse y amenaza tormenta; nos quedan más de tres horas de camino; piquemos espuela y adelante.

Apenas hubo concluido estas palabras, apareció á su vista viniendo hácia ellos por el mismo camino, un grupo de tres hombres montados, con el embozo hasta los ojos. No pareció muy bueno aquel encuentro al caballero, y no por temor de habérselas con alguna partida de bandidos, de las muchas que circulaban por aquel terreno, sino por la importancia de que nadie descubriese lo que conducia en la litera, como lo manifestó, diciendo á sus acompañantes:

—Aquel peloton de hombres que asoma por el camino se dirige á esta parte. Si fuesen malandrines, fácilmente nos los quitaríamos del paso, pues bien sabeis que Pierres de Peralta desde que ciñe espada jamás halló estorbos en su camino; pero nos importa que ninguno de ellos pueda contar lo que ha visto.

A su vez los embozados, al ver la comitiva que se les acercaba, se detuvieron en medio del camino desenvainando las espadas. Uno de ellos que iba delante, jóven de unos veinte años, intrépido y gallardo, se adelantó al frente algunos pasos y gritó con voz robusta:

—¿Quién vá allá?

—Navarra por don Juan II, contestó el caballero con energía.

—Hermanos de Agramonte, repuso el jóven; adelante, amigos.

—A un lado del camino; paso franco, dijo el otro.

Hiciéronse á un lado los tres caminantes y pasaron rápidamente los de la litera. El cielo se habia cubierto de una nube, y lo avanzado de la noche no dejaba distinguir bien los objetos. Al pasar los de la escolta cerca del jóven, le pareció á este oir sollozos de mujer. Sospechó que los otros fuesen malhechores que habrian tomado el nombre del rey para hacerse paso, y volvió la rienda á su caballo. En aquel momento pudo claramente oir lamentos y el murmullo de los hombres que aun no llevaban mucho andado, y no dudó en tomar su partido. Corrió á escape hácia los de la litera, y los dos hombres le siguieron. Llegar al sitio en que se oian los lamentos, abrir la litera y presentar la mano á la dama que gemia dentro, fué todo ejecutado con tal rapidez, que no dió tiempo al caballero para evitarlo ni sospecharlo, creyendo que dejaba muy á la espalda á los que habian pasado. La sorpresa le hizo titubear un momento; luego arremetió con ímpetu al atrevido doncel y le hubiese atravesado con su lanza, si este que ya preveia el golpe, no se hubiese con destreza tendido sobre el caballo; con lo cual, dando en vago la embestida del contrario, entró el jóven por debajo de la lanza, clavando su espada por entre la gola del armado. Cayó este en tierra, y los que le acompañaban, defendiéndose con dificultad, sobrecogidos por la sorpresa y no sabiendo en la oscuridad cuántos eran los enemigos, vieron caer á su jefe teñido en sangre, brillando un vivo relámpago en aquel momento. Dos de ellos se desplomaron al suelo muy mal heridos y los otros, aterrados, emprendieron la fuga.

Dueño de su presa el intrépido mancebo, pensó, á fuer de buen caballero, en que su obligacion era conducir á la dama al sitio que ella le indicase; mas en el mismo momento, recordando que un deber imprescindible, sagrado, le traia por aquel camino, y reflexionando que de noche y con la tempestad que tronaba sobre sus cabezas, era exponerse á graves peligros, dijo para sí: «Un caballero está obligado *á Dios, al rey y á su dama*; luego si con esta señora, quien quiera que sea, tengo imperiosas obligaciones, antes son las de mi rey: cerca estoy del punto donde iba, seguro asilo es allí; marchemos.» Y acercándose á la litera, dijo en voz perceptible: Señora, un fiel leal caballero toma sobre sí vuestra demanda, nada temais. Amigos, adelante.

Ningun eco salió de la litera en su respuesta: los sollozos se habian sofocado.

Media hora despues sonaban recios golpes á la puerta de la casa del arrabal de Lodosa. La gitana sobrecogida por la impresion que la habian causado los recuerdos de aquella tarde, aunque no era para ella nuevo que llegasen á buscarla é implorar su auxilio en horas muy desusadas, temió contestar. Los golpes aumentaban y al fin abrió, dando paso á tres hombres que conducian en sus brazos una mujer desmayada.

Tan luego como la gitana se cercioró de lo que á su vista se presentaba, tranquilizó su sobresalto. Sin preguntar á sus huéspedes el motivo de su venida, ni aguardar á que lo dijesen ellos, les condujo á un aposento humil-

de, pero sorprendente por el aseo y delicadeza de los objetos que en él habia. Puso á la dama en un sillon de terciopelo, junto á una mesa de nogal, en que ardia un belón de cuatro mecheros de metal bronceado. Se acercó á un armario de diversas maderas finas, abrió y se vieron en él multitud de redomas, botes y frásquitos, como en el escaparate de un boticario. Tomó una botellita, se acercó á la señora, y cogiendo el pañuelo que esta llevaba en la mano, vertió en él del agua que contenia la botella; la dió en las sienes y puso delante de la nariz, y suspirando fuertemente la dama abrió sus hermosos ojos.

Conmovido se hallaba el jóven caballero desde el punto en que pudo ver á buena luz la hermosura de su protegida; pero quedó completamente enagenado, cuando al volver en sí esta fijó en él sus ojos centellantes, le tendió una mano y, lanzando un profundo suspiro, dijo:

—¡Ah! os tengo á mi lado, generoso libertador!...

—A vuestro lado... sí... señora, mi vida será vuestro escudo en tanto que vuestra seguridad peligre.

—Con mucha seguridad contais sobre vuestra palabra... mirad en cuanto la empeñais.

—Para mirarlo, me basta fijar mis ojos en los vuestros.

—¿Y si antes de haberme visto hubiérais contraido compromisos á que tendríais que faltar por mi causa? replicó la dama á quien no eran indiferentes ni las miradas ni las palabras del jóven, y que por el traje conoció que era un servidor allegado del rey.

—Antes de haberos visto, señora, ningun compromiso me obligaba.... mi voluntad era libre... ahora... vos me ordenareis adonde os debo conducir.

—¡Conducirme!... ¿acaso yo lo sé? ¿habrá sobre la tierra seguro asilo contra mis perseguidores? dijo, no pudiendo contener una lágrima.

—¿Tan poderosos son? ¿No habria medios de aniquilarlos? ¡Ah! cobrad aliento... sabed quien soy. Si alguna vez habeis oido hablar de Rodrigo de Almendariz, ¿ignorareis el gran favor y confianza que me dispensa el rey don Juan y su hija la infanta doña Leonor? Decidme vuestro nombre y os juro que mi valimiento con la infanta habrá confundido antes de ocho dias á vuestros enemigos.

Un repentino estremecimiento acometió á la dama al oir estas palabras y no pudiendo contener un agudo grito, exclamó:

—¡Ah! por piedad... os ruego que si pueden hallar alguna acogida en vuestro corazon las lágrimas de una infeliz, nada descubrais á doña Leonor ni á su padre de cuanto os ha sucedido desde mi encuentro. ¿No podriais vos, buena mujer, proporcionarme un asilo por esta noche? dijo, volviéndose á la gitana.

Esta, desde el instante que vió en su casa á los dos personajes de que vamos hablando, sintió hácia ellos una inesplicable inclinacion. La voz del jóven Rodrigo escitaba en su corazon un afecto de que no sabia ella darse cuenta á sí misma; le miraba con afectuoso interés y se conmovia su alma: bien hubiera deseado poderle hablar sin testigos. La presencia de la dama jóven, hermosa y, al parecer, de calidad principal, tambien la inspiraba

sensaciones tan agradables, que recibiendo un gran placer cuando esta demandó su amparo, la respondió:

—No solo por esta noche, sino por toda vuestra vida contareis con mi débil apoyo, si en algo pudiese serviros.

Iba la dama á contestar á este agasajo, cuando un fuerte golpe á la puerta de la casa hizo extremecer á todos los que dentro estaban.

—¡Gran Dios! exclamó la dama, nos han seguido... ¡Rodrigo, os habeis perdido y no habeis logrado salvarme!

—Tranquilizaos, señora, repuso la gitana; estais bajo mi amparo y yo respondo de salvaros. Si es cierto que os vienen buscando, nada habrán conseguido: seguidme sin temor.

Abrió una puerta y entró con la dama en un oscuro aposento; se detuvo un breve instante y salió sola cerrando la puerta.

Los golpes de afuera se repetian, y queriendo la gitana poner tambien á salvo á Rodrigo y á sus dos acompañantes, él la dijo:

—Por mí nada temais; yo tenia precision de venir á vuestra casa hoy; en el camino tuve el encuentro que me hizo traer conmigo á esa dama, allí nadie me ha conocido, estoy seguro, con qne abrid.

En efecto, la gitana corrió á la puerta, y se la presentaron tres hombres armados, uno de los cuales andaba con dificultad y traia la armadura ensangrentada. Este, cuando se abrió la puerta, dijo:

—En nombre del rey, franqueadme vuestra casa, buena mujer.

—Tan poderoso señor no debe aguardar para disponer de mi casa.

—Habeis dado asilo en ella poco tiempo hace á una dama disfrazada, y conviene á la causa del rey que muy luego me la entregueis, dijo el caballero entrando en la estancia donde se hallaba Rodrigo.

Atónito quedó este al ver á Pierres de Peralta cubierto de sangre y reconociendo en él al caballero de la refriega. Sin embargo, procurando reponerse se adelantó á él, manifestando la sorpresa de verle llegar tan mal herido, á lo cual Pierres contestó:

—Amigo, peligros del servicio: gracias á mi arrojo he salvado la vida: escoltando á una dama, cabeza del bando enemigo, fuí sorprendido por una partida de beamonteses, que dando la voz de amigos, se nos vinieron encima. Dos ó tres de ellos lograron, mientras la pelea, escaparse con la dama; pero se les ha seguido, y sé que se hallan aquí dentro. Aunque me sorprende veros en este sitio y á esta hora, conociendo vuestra lealtad en desempeñar los cargos importantes que S. M. y la infanta os confian, en su real nombre os pido contribuyais al objeto que aquí me trae.

—Un asunto en servicio de la infanta me condujo aquí tan al mismo tiempo que á vos, que aun no habia entregado á la gitanilla este pliego que para ella he traido. Y sacando un pliego en que se veia el sello real, se le dió á la gitana, añadiendo:

—Cumplireis lo que en él se ordena, y ahora lo que este caballero, el condestable de Navarra, gobernador de Viana, Mossen Pierres de Peralta dispusiere.

—Que me entregueis una luz para registrar toda la habitacion.

El jóven Rodrigo se puso á su lado con ánimo decidido de medir otra

vez sus armas con él, antes de consentir en que se llevase á la dama; pero cuál fué su asombro cuando al registrar el aposento en que él habia visto entrar á la señora con la gitana, ya no estaba aquella; reconocieron un armario de ébano que allí habia, y solo hallaron en él yerbas y medicamentos. Por fin, siendo infructuosas cuantas pesquisas hicieron, dijo Mossen Pierres:

—Me engañaron ó han sido más listos que yo para ponerse á salvo. Ahora, buena gitanilla, haced la caridad de aplicarme á la herida que tengo en el cuello uno de vuestros prodigiosos remedios.

Se desabrochó la armadura, y reconociendo la gitana la herida, vió que habia internado muy poco la estocada: le puso un bálsamo y un vendaje, con lo cual el caballero, disponiéndose á partir, dijo á Rodrigo:

—Si es que habeis terminado vuestro cometido y volveis al alcázar de Ortés, podemos marchar juntos.

—Con mucho gusto, cuando dispongais.

Se dirigió Pierres hácia la puerta, y deteniéndose Rodrigo un momento con la gitana, la dijo apresurado:

—¿Qué habeis hecho de la dama? ¿Cuando volveré á verla?

—Si teneis corazon, respondió la gitana, mañana en la noche, cuando toque á maitines la campana de las hermanas hospitalarias, en el *Castillo del Diablo*.

Mossen Pierres volvió la cabeza por ver si Rodrigo y los suyos le seguian. El jóven fué á ponerse á su lado, y de este modo salieron al camino en amigable compañía, los que pocas horas antes habian jugado sus vidas como adversarios. Al cerrarse la puerta repitió el gallardo mancebo con voz apagada, que solo pudo oir la gitana: mañana... en el *Castillo del Diablo*.

CAPITULO II.

Compromisos de un favorito.—Historia de la gitanilla.—Intento de asesinato.—El Castillo del Diablo.—Una traicion por amor.

Eran las diez de la mañana del dia treinta de Agosto, cuando el sol claro y ardiente atravesando por las ventanas ojivas del alcázar de Ortés, iluminaba el pálido rostro de un gallardo mancebo que, al parecer abismado por un triste pensamiento, se paseaba á lo largo de una galería. De tiempo en tiempo se detenia, y mirando hácia una puerta, manifestaba impaciencia. Por fin, la puerta se abrió y sonaron dos palmadas: el mancebo llegó al dintel, una voz hueca le dijo: «su alteza os aguarda;» y se entró.

En un aposento ricamente amueblado, de pié, junto á una mesa y con los ojos centellantes de cólera, se hallaba una señora de hermosa presencia, aunque de semblante

algo siniestro: era la infanta doña Leonor, hija menor del rey don Juan II de Aragon, y hermana de don Cárlos, aclamado príncipe de Viana; el cual al frente de un ejército numeroso combatia contra las tropas de su padre, que deseaba su exterminio y el de la otra hija llamada doña Blanca, porque siendo estos dos de su primer matrimonio, los del segundo estaban enlazados con el rey Luis XI de Francia, y pretendia por compromisos con este que recayesen en ellos los derechos de los primeros al reino de Navarra.

Cuando entró el mancebo en la régia estancia, doña Leonor, desechando un tanto el enfado que aparecia en su rostro, le dijo:

—Y bien, Rodrigo, ¿cumplisteis con mi encargo?

—Señora, como me lo ordenó V. A., entregué el pliego á la gitana.

—Ahora, pues, contando en vos uno de mis más diestros y leales servidores, necesito confiaros una empresa de muy alta importancia. Una dama que disfrazada mueve y alienta el partido del rebelde Cárlos, mi hermano, habia caido en nuestro poder, por la intrepidez del condestable Pierres de Peralta. Cuando aquí la conducia, sus partidarios armaron una emboscada, y con la sorpresa lograron rescatarla. Por lo tanto, á vuestra sagacidad encargo descubrir su paradero, valiéndose de cuantos medios juzgueis convenientes. Disponeis de 2.000 lanzas: en este papel hallareis las señas de la dama: partid, cuando volvais sea para presentarme la rebelde.

Salió Rodrigo de la sala cruelmente lacerado por enconados sentimientos. El servicio de su rey era sagrado: por él se le mandaba perseguir á una dama, que no dudaba fuese la del camino de Mendavia; con ella tenia empeñada su palabra de caballero de salvarla; su amor habia jurado sacrificar la vida en su defensa. ¿Cuál de estos afectos obtendria la preferencia?

Apenas Rodrigo hubo salido de la presencia de doña Leonor, la avisaron que una gitana demandaba entrar en la real cámara.

—Dejad paso franco, dijo la infanta; y se presentó la gitanilla.

—Te habrán entregado una órden de la infanta doña Leonor...

—Mandándoseme en ella venir hoy á este real alcázar; tengo en este momento la honra de hallarme en presencia de V. A.

—Hermosa eres y pareces discreta. ¿Cuál es tu nombre?

—Armilda me pusieron mis padres: el vulgo me apellida la gitanilla de oro.

—¿Y tu familia? He sabido que vives muy sola.

—Es así la verdad, señora. De mi familia... Mi madre hace veinte años que murió: mi padre no pude conocerle; tres años tenia yo cuando falleció.

Un doloroso suspiro y una lágrima que asomó á los ojos de Armilda hicieron preguntar á la infanta:

—Desde que has perdido á tu madre, ¿has padecido muchos trabajos? Se cuentan grandes prodigios de tus virtudes.

—Señora... contestó la gitana bajando la vista sin acertar á proseguir.

—Habla sin temor, añadió la infanta: refiéreme tu historia, que tal vez te convenga más de lo que imaginas.

—Toda ella está llena de tenebrosos misterios, que os serán tan incomprensibles como á mí me lo son; mas puesto que lo quereis os diré lo que sé.

«Mi madre nació de un noble y rico judío establecido en Navarra y muerto al mismo tiempo que su esposa, en la persecucion que los judíos sufrie-

ron de los cristianos el año 1391. Enamorado de su belleza el infante don Alonso de Aragon, me trajo al mundo á mediados de 1416. Tres años despues habia muerto este príncipe, y más adelante mi pobre madre no me ocultó mi procedencia. Tenia yo veinte y cinco años cuando quedé huérfana y ciegamente enamorada de un bizarro caballero, que por incidente habia llegado á mi casa la primera vez que nos vimos. Nuestros corazones se entendieron, y al morir mi madre me propuso mi amante casarse conmigo, á condicion de que nuestro enlace no fuese sabido de su familia, la cual me ha ocultado tan cuidadosamente, que al cabo de veinte años no he podido traslucir á qué casa pertenece, aunque solo he conocido que debe ser de las más principales. Verificada la boda, pasé á vivir á la casa que hoy habito sola, sin que nadie haya sorprendido mi secreto.

»Un año despues de casada dí á luz un niño, que su padre apartó de mi lado en el momento, para seguir bajo las mismas apariencias. Pero cuál fué mi desconsuelo cuando pocos meses despues vino anunciándome un dia que habia el niño desaparecido á manos de una partida de bandidos que asaltaron el pueblo donde se criaba. Desde entonces han sido infructuosas las muchas diligencias hechas en su busca: nada se ha descubierto. ¡Y como si á mi corazon no fuese ya suficiente tal pena, lloro tambien hoy la pérdida de un esposo cuyo paradero ignoro hace un año!

Aquí la gitana dió suelta á su llanto, y la infanta le dijo:

—Sabes si tu esposo sirve en algun partido de los que se hacen la guerra?

—Lo ignoro, señora.

—Consuélate, buena mujer, tal vez no esté lejos la hora en que tu esposo aparezca, y en cuanto á tu hijo no desesperes de poderlo hallar; á veces por casos tan extraños... Es fama pública que haces grandes prodigios con diversas bebidas, añadió doña Leonor.

—Conozco, señora, las virtudes de algunas yerbas, y las empleo en alivio de los que sufren.

—Las hay tambien que pueden acortar la vida sin grandes dolores ni síntomas muy marcados... dijo la infanta recargando bien las palabras.

—¿Qué quiere decir V. A.? preguntó sorprendida la gitana.

—Quiero decir, que si me facilitases una bebida que diese la muerte algun tiempo despues de tomada y sin atormentar al paciente, podria yo elevarte á la más envidiable fortuna... quizás llegases á conseguir....

—Si V. A. tiene noticia de mi conducta en veinte años que habito el arrabal de Lodosa, ¿cómo ha podido imaginar que yo me prestase á un crímen tan horroroso?... exclamó Armilda con energía.

Turbada quedó la infanta con tal repulsa; mas luego, recobrando su serenidad, insistió en su demanda, valiéndose de todo género de halagos y de amenazas; pero nada pudo conseguir de la gitana, y al fin la despidió indignada, amenazándola que si alguien llegase á traslucir lo que allí habia oido, poder tenia para hacerla pagar bien cara la violacion del secreto.

Aterrada salió del alcázar la gitana dirigiéndose á su casa. Cuando llegó á ella era ya entrada la noche; tomó una linterna, se acercó al armario de ébano del aposento en que la noche anterior se ocultó la dama; le abrió, tiró de un botoncito, disimuladamente puesto en uno de los ángulos, y el

respaldo del armario con las tablas en que estaban los frascos y redomas, giró hácia el frente, dejando franca una puerta que habia en la pared detrás de él. Por allí entró la gitana, y bajando una escalera se deslizó á lo largo de una estrecha y dilatada galería subterránea.

En lo alto de las rocas, cerca de medio cuarto de hora de Lodosa, se hallaba un formidable castillo, cuyo orígen se perdia en la memoria de los tiempos. Habia pertenecido por espacio de siglo y medio á la casa de los Almendariz, teniendo en él su morada; pero en la época de nuestra historia contaba ya cerca de treinta años deshabitado, sin que nadie se atreviese á pasar por sus inmediaciones despues de cerrada la noche. Tales eran las consejas que de él se referian, que le daba el vulgo el nombre de *Castillo del Diablo*. Era fama que en más de veinte años siempre habia ocurrido en su recinto algun horroroso suceso el dia 23 de Mayo.

Se contaba entre los primeros acontecimientos, que poseyéndole el último vástago de Almendariz, enfermó un niño de ocho á nueve meses, hijo de este señor. El dia 23 de Mayo se agravó la enfermedad, y aun algunos aseguraban que murió el niño: es lo cierto que le sacaron con mucho misterio de la casa del padre, le llevaron al castillo, nadie salió ni entró en dos dias, y al cabo de ellos sacaron al niño perfectamente sano, habiéndose oido dentro en aquel tiempo ruidos espantosos. En otras ocasiones, estando allí encerrados prisioneros de consideracion, á pesar de la extrema vigilancia de sus guardadores, habian desaparecido sin poderse rastrear sus huellas.

Hácia este sitio encaminó sus pasos el jóven Rodrigo acompañado de cuatro hombres bien armados, en la noche que siguió á la entrevista con la infanta.

Eran cerca de las doce cuando llegó al pié del castillo. Todo en torno suyo era silencio y oscuridad. Se apeó del caballo, le dejó con sus acompañantes, y subió hasta la puerta del castillo; estaba cerrada. Un momento zozobró antes de acercarse; mas al fin se atrevió á dar dos veces con el puño de su espada. Retemblaron los golpes todo el recinto y nadie contestó. Se detuvo algun rato; antes de repetir los golpes oyóse la voz de una campana llamando á coro en un convento inmediato.

Repentinamente brilló una luz en lo interior del castillo y la puerta se abrió; el jóven entró, y sin ver á nadie que le indicase por dónde se habia de dirigir, siguió hasta el punto en que se hallaba la luz. Allí encontró á la gitana y la dijo con impaciencia:

—¿Cómo os encuentro tan sola?... ¿no me ofrecisteis?...

—Os ofrecí que hoy sabríais en este sitio donde anoche oculté á vuestra dama.

—Y bien, ¿dónde está?... dijo con enfado Rodrigo.

—Muy jóven sois, y se os debe perdonar ese ímpetu, añadió con calma la gitana. Seguidme.

Y le hizo entrar en un soberbio salon, en el cual estaba sentada la señora de sus cuidados. Corrió á ella el jóven y, arrojándose á sus piés exclamó:

—¡Ah, señora, cuánto daño me habeis causado sin pensarlo! ¿Quién sois, pues, que tanto os persigue una mala estrella?

—Muy adversa os debe ser la vuestra, cuando os ha inducido á comprometeros por la causa de una infeliz amenazada de muerte por sus más cer-

caros parientes. Poco podreis hacer en mi favor, os lo aseguro; son muy poderosos mis enemigos, dijo la dama temblando.

—Estais en tan seguro asilo, añadió la gitana, que aun cuando vuestros perseguidores penetrasen en este castillo, podriais ocultaros donde no llegasen á encontraros jamás. Entre tanto, ¿no habrá medio de aniquilarlos? Decidnos quiénes son, y tal vez...

—Mi nombre es... Rosaura, dijo la dama titubeando como si tratase de encubrir su verdadero nombre. Por ahorrar detalles os diré de que son mis implacables enemigos el rey don Juan de Aragon y su hija doña Leonor.

—¡Cielos! seriais acaso... exclamó Rodrigo fijando la vista en una de las puntas del velo de la dama, donde se descubrian entre los pliegues algunos blasones de Navarra, y le pareció tambien distinguir las letras de B. N.

—Tal vez me confundis, caballero, se apresuró á decir la dama reparando en la mirada del jóven y recogiendo como descuidadamente su velo. Mi nombre ya sabeis que es Rosaura.

La gitana cuando oyó pronunciar el nombre de doña Leonor se sintió acometida de un frio convulsivo al recuerdo de la demanda de la infanta, creyendo que en ella se interesaba la vida de Rosaura. Las causas de semejante ódio la gitana no se las sabia explicar.

La dama (llamémosla Rosaura, aunque no fuese su verdadero nombre) continuó diciendo á Rodrigo:

—Ya veis como anoche contaba en vuestros compromisos los deberes que os ligan á servir á mis enemigos.

—El hombre bien nacido sabe hermanar las obligaciones de buen vasallo con las de leal caballero, repuso el mancebo.

—Y si lo de vasallo os llevase á ser instrumento para la muerte de quien os invocaba como caballero, ¿qué hariais entonces? preguntó Rosaura dejando escapar un suspiro.

—Entonces... ¡me atreveria á todo!..., hasta á la rebelion... contestó con frenesí Rodrigo no pudiendo reprimir la sensacion que causaban en su pechos las palabras de la dama.

—Si para ponerme á salvo necesitaseis gente de armas, ¿podreis contar con algunos brazos?

—Dos mil lanzas hay á mi disposicion; ordenad.

—Cuarenta caballos serán suficientes.

—¿Cuál es vuestro designio, señora?

—Que me acompañen á Barcelona. Para esto es menester que sean muy vuestros; ved si podeis conseguirlo. Con dinero podreis contar; ¿qué os hace falta?

—El dia, sitio y hora, dijo Rodrigo.

—Dentro de seis dias, contestó Rosaura, al pié de este castillo, á las ocho de la noche.

—Vuestra voluntad será cumplida.

—Entretanto, no volvereis á verme; podrias comprometer mi seguridad.

—Si así lo mandais, señora, por más que me cueste cumplirlo, sereis obedecida.

Una fuerte y atronadora voz de *Alto ¿quién vá?* resonó fuera del castillo, extremeciendo á los que se hallaban dentro.

—Somos perdidos! exclamó Rosaura. Os han visto y vienen á perseguiros.

—No temais tal. Nadie puede sospechar de mí. Al contrario; estoy encargado de una comision que donde quiera que me encuentre llevo un salvoconducto. Quedad còn sosiego, hasta que vuelva dentro de seis dias.

—Venid conmigo, señora: á mi lado estais segura, dijo la gitana dirigiéndose á un extremo del salon.

Rosaura la siguió; las dos entraron por una puerta que figuraba un espejo: esta volvió á cerrarse cuando aquellas hubieron pasado.

Rodrigo salió y supo que habiendo atravesado cerca del castillo una partida de las que circulaban por todas partes en aquel tiempo, los de su escolta habian dado la voz. Montó á caballo y se dirigió á paso doble rio abajo, dejando en el castillo la ternura de su corazon, y llevando en cambio el remordimiento de su próxima traicion.

CAPITULO III.

La gitana y Rodrigo en Barcelona.—Ultima voluntad del príncipe Cárlos.—Nuevos misterios.—Una ráfaga de luz.

Mas de seis dias habian pasado desde que Rosaura, comprometiendo al jóven Rodrigo, habia proyectado huir de sus enemigos saliendo de Navarra. Serian las doce de la mañana, cuando una mujer, cubierto el rostro con una toquilla blanca, entraba en las galerías del antiguo palacio de los condes de Barcelona.

Pocos pasos habia dado en aquel recinto y salió á su encuentro un bizarro caballero en traje de guerra. La mujer quiso pasar adelante; pero al fijar su vista por entre los pliegues de la toquilla en el semblante del guerrero, se detuvo admirada.

—¡Don Rodrigo! exclamó.

—¡La gitanilla! pronunció él, habiendo reconocido en la voz á la gitana. ¿Cómo en este sitio y en semejante momento? prosiguió.

—S. A. el príncipe don Cárlos, dijo la gitana descubriendo su rostro, me ha dirigido una órden mandándome venir á su palacio con precipitacion, ignoro el motivo.

—Tal vez habrá sido el estado de su salud, que tan cerca le ponia del sepulcro, y sabiendo vuestra prodigiosa ciencia querria valerse de vuestros medicamentos; pero ya desgraciadamente llegais tarde...

—¡Cómo! interrumpió la gitana con un grito involuntario.

—Como que no hay esperanza de que llegue á la noche. Al dia inme-

diato á nuestra despedida del castillo recibí una órden para ir al momento á la córte, donde S. M. el rey me aguardaba. Pasé allá inmediatamente. Ya sabreis que el príncipe don Cárlos estaba prisionero en Zaragoza como rebelde al rey su padre.

—Hasta este momento lo ignoraba.

—Pues hace más de un año fué encerrado en una fortaleza, y al fin S. M. apiadado como padre, accedió á las capitulaciones que tiempo há solicitaban los catalanes y le dió la libertad. Yo vine encargado de su custodia. Desde el dia en que salió de su prision el desventurado príncipe se notaron en él visibles muestras de enfermedad. Ningun médico ha podido acertar la causa, y de dia en dia se ha ido agravando en términos de llegar hoy al extremo que os he dicho.

Un sudor frio y un extremado temblar embargaron las facultades de la gitana; quiso hablar y no acertó; quiso correr hácia la cámara del príncipe y no pudo moverse. La causa de semejante sensacion no supo ella esplicársela. ¿Qué sentimientos podia inspirar la muerte de un príncipe á quien ni siquiera conocia? ¿Qué afinidad podia haber entre él y ella? Esto la gitana lo ignoraba.

Sin embargo, un secreto impulso la arrastraba hácia la estancia de don Cárlos, y haciendo un violento esfuerzo, se dirigió á lo largo de la galería diciendo á Rodrigo: Corramos... quizás, todavía sea tiempo...

Rodrigo tambien esperimentaba en aquel momento una sensacion que le era desconocida: solo se podia comparar con la que se agitó en su pecho la primera vez que vió á Rosaura en presencia de la gitana.

—Veamos, pues, dijo; y sosteniendo el paso vacilante de la gitana llegaron á la antecámara.

—Esperad aquí... la dijo, y él entró.

Cuando la gitana quedó sola, se agolparon á su imaginacion una multitud de pensamientos, y al fin, reuniendo ideas, reflexionó: «Al dia siguiente de manifestarme la infanta doña Leonor su execrable proyecto, fué llamado á la córte don Rodrigo para custodiar al príncipe, que salia de una prision. Desde entonces está enfermo... no han acertado á curarle... ha perdido lentamente la vida... y la pública voz ha señalado siempre como enemigo de su hermano á doña Leonor... ¡Oh!... no hay duda... ella ha sido!» Y desplomó su cuerpo sobre un sillon. Dos gruesas lágrimas empañaron sus ojos.

Rodrigo salió, pálido, desencajado, trayendo en la mano una cajita de concha con guarniciones de oro.

—Tomad... buena mujer... dijo pronunciando con dificultad; cumplid fielmente su último deseo.

—¿Qué significa?... esplicaos... le interrumpió Armilda aterrorizada.

—Cuando entré en la cámara de S. A., prosiguió Rodrigo, llegaba el príncipe á sus últimos momentos... sus ojos cristalinos vagaban de uno á otro lado, como buscando con impaciencia un objeto en que fijarse. Dos ó tres veces quiso hablar y un copioso sudor le sofocaba... Por fin pudo pronunciar con voz muy apagada: «Armilda... la gitana...» Yo, conociendo que hablaba de vuestra tardanza, me apresuré á decirle: «Señor, ahí fuera espera

vuestras órdenes. Si quereis...» Inclinó la cabeza, y cerrando sus ojos contestó: «¡Ah!... ya... no es hora... Tu mano... Rodrigo...» Yo le presenté mi mano, la tomó entre las suyas, entreabrió los ojos, y clavándolos en mi frente añadió: «Esta cajita... (la tenia debajo de la almohada) á la gitana... que la lleve á mi hermana doña Blanca... importa mucho á Nuño... á su hijo... al príncipe Cárlos...» Volvió á cerrar los ojos y su cuerpo se aplomó: el alma subió á la gloria.

Largo rato permaneció Armilda como perseguida de un vértigo, helada, inmóvil. Cuando pudo recobrarse, tomó la cajita con cierto entusiasmo, la guardó entre los pliegues de su vestido, y dijo á media voz: «¡Es interesante á Nuño!... ¡á mi esposo!... y su hijo... para doña Blanca... ¿qué misterios son estos?... ¿Y dónde está doña Blanca? preguntó alzando la voz.

Rodrigo, para aplacar algun tanto su agitacion, la dijo:

—Despues que, declarada la impotencia de su esposo don Enrique, rey de Castilla, fué disuelto el matrimonio, volvió al lado de su padre don Gaston de Fox, hijo mayor de la infanta doña Leonor, condesa de Fox, y por consiguiente nieto del rey de Aragon, concertó casarse con la infanta Magdalena, hermana de Luis XI de Francia; y en los contratos matrimoniales se estipuló que la princesa doña Blanca se habia de casar con el duque de Berri, hermano tambien de Luis XI. Ella se resistió á tal contrato, diciendo la querian esclavizar al dominio del francés, con objeto de que los condes de Fox asegurásen su sucesion en Navarra, con perjuicio de los derechos legítimos que ella tenia. El padre insistió en obligarla al cumplimiento de lo tratado; y por último, la hizo partir hácia Francia, bien escoltada: ella, sin embargo, halló medio de fugarse. Fué desde entónces acusada de complicidad en la rebelion del príncipe difunto, se ocultó á los partidarios de don Juan de Aragon y se ignora su paradero.

—Pues necesito, como veis, averiguarle. Yo vuelvo á Navarra.

—Concluido ya el servicio que aquí me detenia, yo tambien habré de volver; pero no recibiré la órden hasta que se celebren los funerales del príncipe. Si aguardais, iremos allá juntos. Entre tanto procuraré descubrir lo que fuere dable acerca de doña Blanca.

Condescendió de buen grado Armilda con la proposicion de Rodrigo y se despidió hasta recibir su aviso. Salió del palacio llevando en su pecho el cruel aguijon de encontrados afectos: una irresistible atraccion hácia el príncipe difunto y su hermana doña Blanca, sin conocerles, ni comprender el motivo, un odio ilimitado á la infanta doña Leonor, atribuyéndola la muerte de su hermano; el temor de que la cajita encerrase algun grave infortunio para ella y el deseo de hablar á la princesa.

En el instante de fijarse en esta última idea, una ráfaga de luz iluminó su pensamiento, diciéndose á sí misma: «¡Gran Dios! podria ser ella... la dama del castillo, tan perseguida por la infanta... ¡Oh, sí... bien puede ser... doña Blanca de Navarra!

CAPITULO IV.

Rebelion de los catalanes.—Sorpresa de Viana.—Las ruinas del castillo. La princesa en el convento.

Apenas corrió la voz de la muerte del príncipe don Cárlos, tomando cuerpo los rumores que desde el principio de su enfermedad habian sonado de envenenamiento por parte del rey don Juan ó de su hija doña Leonor, estalló una formidable rebelion entre los catalanes combinados con los navarros de la faccion beamontesa, y auxiliados por el rey don Enrique de Castilla con mil quinientos caballos, se puso al frente el comendador don Gonzalo de Saavedra y marchó contra Viana, donde á la sazon se hallaba doña Leonor, bien defendida por el ejército y pericia del condestable Mossen Pierres de Peralta.

Púsose de inteligencia don Gonzalo con algunos partidarios suyos dentro de Viana, y concertó que cuando los catalanes llegasen á las inmediaciones de la ciudad, algunas partidas de aquellos disfrazados de bandidos se presentasen á robar en los pueblos de la parte opuesta al camino que ellos llevaban.

Con este ardid, el dia convenido salieron grandes fuerzas del ejército real á perseguir á los bandidos, y atacando de repente los catalanes á las desmembradas fuerzas que quedaban dentro de la ciudad, lograron causarles tal espanto, que muy poco sostuvieron el ataque. Principiaron á desamparar la poblacion por la parte opuesta del asalto, llevándose á la infanta para ponerla en salvo; pero acometiendo por aquella parte los disfrazados de bandidos, con entradas sus fuerzas, acuchillaron al mayor número, quedando en su poder la infanta.

Luego que don Gonzalo se vió dueño de Viana, y, lo que era de mucha más importancia, teniendo á doña Leonor prisionera, la puso en un convento por eleccion de ella misma, guardándola todas las consideraciones debidas á su rango.

Mientras en los alrededores de Viana pasaban los sucesos que acabamos de referir, se dirigian por el camino de San Adrian, en direccion á la ciudad aquella, unos veinte ó treinta guerreros perfectamente armados.

Al frente de aquel peloton de soldados se distinguia un grupo asaz interesante. Un jóven y apuesto caballero de armas relucientes y rojo plumaje en un brioso caballo, al lado de una morena y hermosa gitana, que con singular gracejo refrenaba su alazan.

Fácilmente habrán comprendido nuestros lectores que aquella pareja era Rodrigo y Armilda.

En el momento de pasar junto á las paredes de una pequeña aldea, situada en el costado derecho del camino, dijo el caballero, reanudando una conversacion al parecer interrumpida:

—¡Es extraño ese suceso! Con que deciais...

—Que aquí en este pueblo fué, en Carcar, donde hace diez y nueve años desapareció de la casa de sus padres un niño de ocho á nueve meses, cuyo recuerdo me llena de terror, añadió la gitana.

—¿Y por qué así?... ¿Cómo fué ese robo?

—Una infeliz gitana que residia no lejos de aquí, hacia ya más de un mes que no veia á su esposo, ausente sin saber dónde, continuó Armilda.

—Serviria, tal vez, el marido con algun capitan de malandrines... la interrumpió Rodrigo en tono burlon.

—Ignoro dónde serviria, repuso Armilda ofendida de la expresion; pero aunque casado con una gitana, si hubiera tenido que servir, pudiera bien haberlo hecho al lado de su príncipe ó su rey.

—Adelante, graciosa gitanilla, dijo el jóven sintiendo el reproche.

—La gitanilla vió una mañana entrar en su casa un hombre embozado y la entregó un papel en que se la decia que, sin pérdida de tiempo, buscase á un niño de aquella edad, le cogiese por cualquier medio sin reparar en obstáculos y le llevase con precaucion y de noche al pié del castillo de los Almendariz, que hoy se llama del *Diablo*.

—¡Cómo! ¿al castillo de mi familia? preguntó con asombro Rodrigo.

—Sí. Aquel sitio era el señalado sin duda por más solitario y seguro que algun otro.

—¡Eso es horroroso! la gitana pudo haber ofrecido cumplir lo que se le mandaba y en seguida dar parte al gobernador. Tal vez por la letra...

—Señalando á la gitana el término de dos dias para ejecutar el robo, se le amenazaba con que si al espirar aquel plazo no habia llevado el niño, su marido, que se hallaba bien guardado en poder de quien la dirigia la carta, pagaria con la vida la negativa, como asimismo cualquier paso que diera para descubrir algo.

—Luego seria cierto que la persona malvada la retenia...

—Por lo menos sabia el motivo de su ausencia, siguió Armilda, y contaba por seguro que antes de los dos dias no se habia de presentar á su mujer.

—Y ella, intimidada, ¿buscó el niño?

—No la quedaba otro camino. El primer dia no pudo hallar ninguno de las circunstancias pedidas; pero al segundo, viniendo á Carcar, apenas habia entrado por una de sus calles, vió á la puerta de una casa una mujer que llevaba en los brazos un niño tal como ella buscaba, se quedó cerca de la puerta la gitana pensando el modo de hacerlo, y su estrella la franqueó el paso. A pocos momentos salió de la casa la mujer sola, dejando la puerta entreabierta, y marchó á lo largo de la calle. La gitana entró con suma precaucion por si habia mas personas en la habitacion; pero solo encontró al niño dormido en su cunita. Le cogió precipitada; corrió á la calle y pronto se vió en el campo, segura ya de ser perseguida. En aquella noche recibió la criatura delante del castillo el que habia llevado la carta. Era la noche del 23 de Mayo.

—¿Y no vió la gitana si entraban en el castillo?...

—El hombre se perdió en la oscuridad.

—Se cuentan cosas admirables del tal sitio, continuó Rodrigo. Tiempo ha que mi familia le abandonó, y nadie se atreve á penetrar en él. Pero, ¿cómo es que vos pudisteis entrar con la dama en la noche que yo fuí?...

—En mi habitacion hay una entrada secreta á un subterráneo que comunica con el castillo. Ved ahí como he creido que aquel era el asilo más seguro donde podia dejar á la dama doña Rosaura el dia de mi salida para Barcelona.

—¡Tened! dijo repentinamente Rodrigo, como herido de una saeta. Esas vuestras últimas palabras me traen á la memoria circunstancias tan notables...

—¿Con respecto á doña Rosaura, direis?... le interrumpió la gitana, que de una vez habia abarcado todo el pensamiento de Rodrigo.

—¿Recordais, la dijo este, que me pidió cuarenta caballos para que la acompañasen á Barcelona?

—Lo recuerdo: y la circunstancia de haber de ir allá el príncipe don Cárlos... la persecucion del rey y de la infanta...

—Y ciertas señales que yo sorprendí en su velo... añadió Rodrigo á quien cada prueba que hallaba en favor de sus sospechas era un dardo que atravesaba su corazon, era una barrera que se alzaba delante de su dicha.

—Si... ella debe ser... continuó Armilda.

—Decidido á que se aclaren hoy mis dudas, me dirijo esta vez al castillo, repuso el jóven.

Así era, en efecto; llegados á Lodosa torcieron el camino hácia la derecha y marcharon en direccion al castillo del *Diablo*.

Era más de media tarde cuando tocaban al pie de la montaña. Rodrigo y Armilda levantaron simultáneamente los ojos á la cumbre y un penetrante chillido de la gitana y furioso estremecimiento del guerrero, hicieron retroceder á los caballos. Volvieron á mirar creyendo si seria un sueño lo que se ofrecia á su vista; pero se convencieron de que solo era la realidad.

Grandes montones de ruinas y de cenizas humeantes les hicieron conocer que el castillo habia sido presa de las llamas.

Es inesplicable el dolor que sufrieron ambos no sabiendo si la dama habia perecido en el incendio, ó si habria caido en manos de sus enemigos. En cuanto á salvarse no parecia verosimil encontrándose sola, desamparada y perseguida con tanto empeño.

Si en aquel momento le hubiese salido al paso á Rodrigo el mismo rey en persona, el jóven caballero hubiera olvidado todos sus deberes y con el mayor denuedo habria perecido mil veces, si posible fuera, por vengar á la señora de sus pensamientos.

Largo rato estuvieron contemplando tan horroroso espectáculo sin atreverse á dar un paso, cual si un poder invisible les hubiese clavado en aquel sitio. Era la noche. La luna, que asomaba entre celajes, daba un pálido colorido al triste cuadro que acabamos de bosquejar.

Un ronco y acompasado rumor, que aumentándose por grados anunciaba la llegada de algun ser viviente, hizo salir de su enagenamiento á Rodri-

go. Dió una fuerte sacudida como si despertase sobrecogido de un sueño, y reconcentrando toda su ira, con voz balbuciente casi dejó percibir á la gitana estas palabras:

—La infanta estará en Viana... es de noche... nadie podrá sospechar de mí... llevo treinta caballos, y si me son fieles... ¡Con menos habria bastantes! ¡Marchemos á Viana!

Picó espuelas al caballo, pusiéronse en marcha los soldados y se dirigieron por la falda del monte.

Pocos pasos habian dado, cuando se encontraron de frente con un aldeano que á buen trote cabalgaba en una mula. El hombre, al encontrarse delante de las ruinas del castillo, se santiguó tres veces, ocultó la cabeza entre los hombros, bajó el ala del sombrero, y acelerando el paso trató de alejarse prontamente de aquel recinto; mas fué detenido en su carrera por un «¡alto ahí!» dado con voz firme y sonora.

Quedó el caminante inmóvil, comunicando su pavor á la mula que no volvió á moverse más que si fuera de piedra.

—¿Quién vá allá?

—¡Navarra! contestó intimidado el hombre.

—¡Navarra y Aragon! repuso Rodrigo secamente; pero el bulto no se movia, y Rodrigo, mandando hacer alto á su partida, corrió con la lijereza de un gamo hácia el bulto, dispuesto á enristrar la lanza.

El villano, al verse encima el golpe, exclamó:

—¡Deteneos, valeroso caballero! soy un hombre indefenso...

Rodrigo, llegando á él, se detuvo, diciéndole:

—¡Adelante, nada temais!...

—Es que... ya ve vuestra merced... replicó el villano quitándose el sombrero, estamos en unos tiempos... y las cosas que suceden...

—¿Sois del país? preguntó el caballero

—Para servir á su merced; si en algo puedo...

—Decidme, quién ha quemado ese castillo? Se sabe por qué ha sido?

Miró el villano con asombro al guerrero, y despues de un momento de silencio, dijo:

—Paréceme, señor, que su merced vendrá de muy luengas tierras cuando no sabe...

—Así es la verdad, nada sé.

—Pues el dia del asalto de Viana, los enemigos de la princesa, que sin duda sabian donde se ocultaba...

—¡La princesa! ¡estaba oculta!...

—Cabal, prosiguió el villano; en ese castillo.

—Vinieron, le incendiaron... interrumpió Rodrigo. ¡Y la dama estaba dentro!

—Sí, señor, dentro, creyéndose bien segura...

—¿Y murió entre las ruinas?... exclamó frenético Rodrigo.

—Cá..... no, señor. La sacaron, quemaron el castillo y se la llevaron....

—¿Adónde la llevaron? se apresuró á preguntar el jóven.

—Al convento de las hermanas hospitalarias.

—¿Y de allí no ha salido? ¿lo sabeis cierto? ¿cuándo ha sido eso? preguntaba impaciente el caballero sin dar tiempo á la respuesta.

—Su merced, señor, crea lo que le digo. Hace cuatro dias que fué al convento... y de allí no saldrá tan fácilmente; porque los enemigos no son gente que se dobla tan ainas.

—Está bien. Proseguid vuestro camino; ¡basta! dijo Rodrigo clavando las espuelas al caballo; y haciendo á la escolta seña de que le siguiese, volvió las riendas á la derecha, bajándose la celada en el momento de pronunciar con voz aterradora: «¡Al convento de Hospitalarias!»

CAPITULO V.

El convento de Hospitalarias.—La dama tapada.—Encuentro inesperado.—El rescate de la infanta.—Nuevo misterio en litera.

Cerca de la madrugada era cuando por la escalera de un claustro, débilmente alumbrado por la escasa luz de una lámpara, bajaban dos personas con recatado silencio. La una, cubierta la cabeza con un pequeño sombrerillo y envuelto el cuerpo en un largo manto negro, descubria entre sus pliegues un hábito de religiosa. Iba cogida del brazo de un galan vestido de limpia armadura, el cual, asiendo el puño de su espada, miraba cautelosamente en torno suyo como dispuesto á desenvainar el acero si alguien se le acercase.

Todas las puertas estaban francas á su paso. Llegaron á un patio en donde habia una porcion de soldados, y dirigiéndose á ellos el caballero, dijo en tono de superioridad:

—El de Ansa, el de Aguirre, Puelles y el de Garro, que me sigan.

Salieron entre las filas los cuatro nombrados y montaron en sus caballos. Siguieron detrás de ellos la religiosa y su acompañante. A pocos pasos estuvieron en la portería del claustro.

Por instituto de aquella órden habia en el convento un cierto número de literas para conducir á los hospitales á los enfermos. Una de ellas aguardaba en la portería: la religiosa la ocupó sin descubrirse el rostro.

El gozo con que por aquella vez marchaba Rodrigo solo podrá compren-

derse si se atiende á que, poseido de una cruel desesperacion cuando vió las ruinas del asilo en que habia contado segura á la dama, habiendo descubierto su paradero, la tenia otra vez á su lado, arrancada de las manos de sus enemigos.

No sin un grande arrojo pudo el caballero conseguir el objeto que anhelaba. Cuando por boca del villano supo donde se hallaba la supuesta princesa y se dirigió al convento, se separó de la gitana concertando con ella el sitio que volverian á verse, y la dió para resguardo seis de sus soldados.

Fiando á su brío el resultado de su intento, llegó á la puerta del monasterio. La luna ya se habia ocultado: todo en aquel recinto era tranquilidad, no sospechando nadie que pudiese haber quien la turbara. Con este descuido logró Rodrigo sorprender á un centinela que velaba en la entrada de la portería; cuando el soldado quiso gritar, ya la punta de la espada del intrépido jóven tocaba en su garganta, y los demás guerreros le habian cercado. Inmediatamente saltaron todos á tierra, y encomendados los caballos á unos pocos, los demás se arrojaron detrás de Rodrigo sobre un corto número de soldados que dentro habia.

No quedando ya quien se le opusiera, encerrados los prisioneros, corrió el caballero en alas de su deseo, franqueándose las puertas del claustro á favor de una órden intimada á las hermanas. Poco tuvo que andar. No bien habia entrado en el claustro principal, cuando vió venir á su encuentro un bulto, al parecer de hombre, con el sombrero hasta las cejas, embozado en una capa, que se le acercó diciendo en voz apenas inteligible:

—¿Sois vos?... ¡Ah, Rodrigo!

El jóven conoció la voz de una mujer, aunque no pudo distinguir la persona. Fijó en ella su vista, y entre el cuello de la capa descubrió un velo blanco y en las puntas algunos blasones, iguales á los que vió en otra ocasion en un velo semejante. No dudó haber llegado al término que deseaba, y rebosando de júbilo, contestó á la dama disfrazada:

—Señora, sí, yo soy, que arrostrando mil peligros, vengo á salvaros. No perdamos tiempo; salgamos de aquí al momento. Tened mi brazo... agarraos y vamos fuera.

La dama se ocultó por completo el rostro entre el manto, y asiéndose del caballero salieron sin hablar más palabra, como ya hemos visto.

Cuando estuvieron en el camino, se dirigieron á buen paso por un estrecho sendero y llegaron pronto á un pequeño caserío en medio de un espeso bosque. Delante de una de sus casas hizo alto la partida. Rodrigo se acercó, dió tres golpes con su lanza en la puerta, un ligero ruido se oyó en la parte de adentro; el caballero hizo sonar tres veces el puño de su espada en el metal de su armadura y al momento se abrió la puerta. Detrás apareció una mujer y en el fondo de la casa se descubria un ligero resplandor.

Rodrigo se acercó á la litera, abrió la puertecilla y dijo á la dama que iba en ella:

—Hemos triunfado, señora; estais en salvo: no os descubrais y entrad sin temor en esa casa.

La dama hizo como el caballero la prevenia y entró. La mujer que

abrió la puerta guió hácia el sitio en que se veia la luz. Allí, Rodrigo, señalando á un sillon que habia junto á una mesa, dijo:

—Sentaos y descansad, señora; podeis descubriros y ved qué ordenais á quien solo cifra su ventura en sacrificaros la vida.

—Gracias, buen Rodrigo; ya sé cuánto os debo en esta ocasion y la fidelidad con que habeis servido tambien á vuestros reyes, dijo la dama dejando caer el embozo al reclinarse en el sillon, ¡que el cielo me permita daros un dia la recompensa!

¡Imposible seria describir las sensaciones que experimentaron en aquel momento aquellos tres personajes.

—¡La gitana!... gritó la dama, no pudiendo reprimir el disgusto que le causaba encontrarse impensadamente al lado de Armida.

Esta, cual si á su vista hubiese aparecido momentáneamente un horroroso espectro, retrocedió asustada, exclamando con un agudo chillido: «¡doña Leonor!»

—¡La infanta! pronunció Rodrigo, no pudiendo disimular el ímpetu de su asombro y desesperacion. Luego inclinó la cabeza sobre su pecho; un frio temblor se apoderó de su persona y quedó anonadado bajo la poderosa influencia de un vértigo cruel.

Era, en efecto, la infanta doña Leonor la dama tapada que Rodrigo habia sacado del convento.

Cuando aquella señora recobró su habitual serenidad, no sabiendo á qué atribuir la impresion causada por su presencia en aquellas dos personas, se apresuró á decir á la gitana con espresion significativa, dirigiéndola una imponente mirada:

—Sin duda, gitanilla, que no esperábais en vuestra casa esta visita. Ignoro las razones que habrá tenido para traerme á ella mi fiel servidor Rodrigo; pero juzgo que al hacerlo tendrá tanta confianza como en la suya, y... no hay por qué mi presencia deba intimidar á nadie. ¿Qué os sorprende, Rodrigo? acaso...

El caballero no la dejó proseguir. Habiendo tomado en aquel corto espacio una nueva resolucion, deseaba ya salir cuanto antes del compromiso en que tan impensadamente se habia metido, y la interrumpió diciendo:

—En esta casa, señora, estais fuera de todo riesgo. Esta buena mujer no podia imaginar el alto honor que hoy la concede V. A., y así su sorpresa es muy natural. Yo por mi parte confieso que no he podido contener mi satisfaccion al ver á V. A... en este sitio... y más habiendo yo llegado al convento sin tener noticia...

—¿No sabríais, repuso la infanta, que acometiendo los rebeldes á Viana tuve que salvarme huyendo disfrazada al castillo de los Almendariz?

—Todo eso lo ignoraba, contestó Rodrigo.

—Pues habiéndome, sin duda, conocido alguno, allí me fueron siguiendo. Corta é inútil fué la resistencia que pudieron oponer los mios. Vencidos por el mayor número de los contrarios, hube de ocultarme en uno de los más retirados aposentos del castillo; mas mis enemigos que me buscaban con empeño, prendieron fuego á todos los muebles, y el incendio hizo

prenda en el edificio. Forzoso me fué rendirme para salvar la vida. Me condujeron á Viana y despues al claustro de las Hospitalarias.

—Pero cuando yo llegué, ¿sabia ya V. A.?... repuso Rodrigo.

—Que grandes fuerzas del ejército de mi padre debian venir hoy en mi amparo; así que, cuando se oyó en el convento el ruido de las armas, pronto se supo que los agramonteses le habian ocupado. Inmediatamente yo me proporcioné la capa y sombrero de un sirviente y salí á la galería.

Más tenia que decir al caballero la infanta, pero se detuvo al oir el estruendo de armas y caballos que conmovia los alrededores de la casa. Las voces de: ¡alto! ¿quién vá? dadas á una vez por diferentes partes, hicieron conocer á los de adentro, que gente de guerra se acercaba. Rodrigo no pudo menos de mirar su compromiso en aquella ocasion como vasallo y como caballero, y sin titubear corrió á ponerse al frente del peligro. Salió al campo, reconoció la gente que llegaba, y volvió á decir á la infanta:

—Las tropas que aguardaba V. A., señora, esperan vuestras órdenes; Mossen Pierres de Peralta solicita entrar y hablaros.

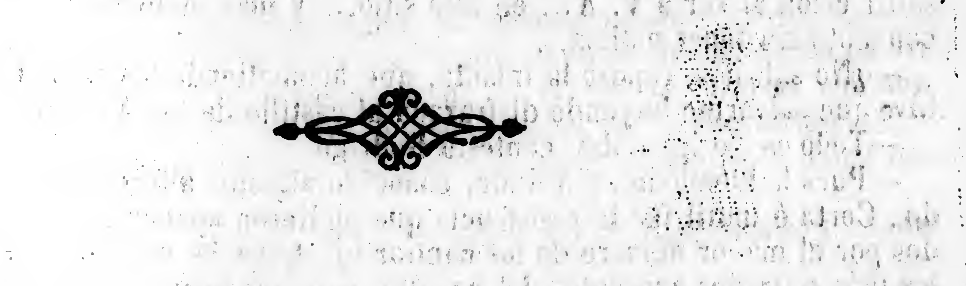
—¿Pierres de Peralta viene con esa gente?... Decidle que pase. Vos, entre tanto, podeis acudir donde vuestros deberes os llaman.

Salió Rodrigo de aquella estancia y concertando con Armilda en el sitio, dia y hora que volverian á verse, tomó su caballo y á toda rienda marchó por la orilla izquierda del Ebro.

Mossen Pierres de Peralta entró en el aposento de doña Leonor; despues de una larga conferencia, salió, y acompañado de un fuerte destacamento se encaminó al monasterio de Hospitalarias. Media hora despues de su llegada volvia con aquella gente por el mismo camino escoltando una litera. Llegó al caserío cuando el sol se habia puesto; entró con la litera en el patio de la casa donde se hallaba la infanta.

Luego que cerró la noche, seiscientos caballos salian del caserío, y marchando en direccion de Marcilla, acompañaban dos literas. Acercándose á una de ellas Mossen Pierres, una voz de mujer pronunció con energía: «Mañana... en el convento de Roncesvalles...»

Cuando aquella tropa salió del bosque, otra persona bajo el embozo de una capa y el ala de un sombrerillo, corria en un caballo tan ligero como el viento tras las huellas que habia dejado Rodrigo. Era la gitana Armilda.



CAPITULO VI.

Una revelacion.—Sospechas aclaradas.—Un portador de su dicha ignorada.—Aclaracion por una imprudencia.—Ilusion desvanecida.

Ni las repetidas diligencias practicadas por Rodrigo con infatigable anhelo, ni el mucho dinero empleado en arrancar el secreto á las personas sospechosas de complicidad en el asunto, pudieron proporcionar al desventurado caballero el logro de averiguar dónde se ocultaba la dama del camino de Lodosa. Grandes recelos tenia de que acaso no existiese; mucho se podia temer de sus enemigos.

En tanto que el infeliz jóven devoraba cauteloso las penas de su corazon, Armilda, por su parte, no perdonaba medio, astucia ni fatiga, para descubrir la mansion de la hermana del príncipe Cárlos, doña Blanca de Navarra. La gitana sabia que se hallaba presa en poder de la infanta doña Leonor, y hubiera dado la mitad de su existencia por encontrarla. Tenia que cumplir con ella un importante encargo, del cual tal vez dependia el sosiego de su alma: cerca de dos años hacia que ignoraba el paradero de su esposo, y en la cajita que habia de entregar á la princesa se hablaba de su esposo y de su hijo.

Una mañana que se disponia para ensayar un último y arriesgado esfuerzo, se la presentó Rodrigo pálido, desencajado; tenia que comunicarla un terrible secreto; una horrorosa revelacion.

—¿Qué hay de nuevo?... ¿Qué teneis, don Rodrigo?

—Mi padre, enfermo hacia tres dias, contestó el caballero, acaba de morir en este instante, y en sus últimas palabras me ha descubierto un secreto que llenará mi alma de amargura por el resto de mis dias. La gitana que robó el niño en Carcar, ¿la conocias?... ¿sabeis, por acaso, si vive?...

—¡Oh, Dios, exclamó Armilda, ¿qué quereis decir?... esplicaos...

—Mi padre don Pedro de Almendariz acaba de decirme que hace veinte años tenia un hijo que aseguraba su inmensa fortuna por ser primogénito, en quien recaian los cuantiosos bienes de su esposa. El niño enfermó sin esperanza de curarle, y don Pedro al ver escapar de entre sus manos aque-

lla gran fortuna, pensó en un medio diabólico que le dejaba asegurado. Escribió á una gitana que gozaba gran fama de habilidad y hechicería, y la encomendó el cuidado de proporcionarle un niño semejante al que perdia. El resultado de tal intento vos lo sabeis, gitanilla; el niño que entró enfermo en el castillo, allí murió: ¡el que salió como hijo de don Pedro era yo!...

—¡Vos, vos don Rodrigo!... exclamó Armilda con indecible terror; ¡vos el niño que robó la gitana! La Providencia ha querido que reconozcais la mano que os arrancó del seno de una madre cariñosa... aunque para dejaros en medio de las riquezas y de la brillante posicion que no habriais tenido al lado de vuestros padres...

—¡Cómo! esa gitana...

—¡Esa fuí yo!... se apresuró á decir Armilda cayendo á los piés de Rodrigo. ¡Perdonad, perdonad, caballero, el mal que os haya causado!

—Alzad, infeliz mujer, la dijo el jóven tendiéndola sus brazos. No fué vuestra la culpa: sé que os intimidaron.

—Nada puedo hacer por vos en desagravio, interrumpió Armilda. Cuanto bien os pudiere hacer respecto de la dama que buscamos, me lo hago á mí misma encontrando á doña Blanca.

—¡Luego no dudais que sea ella la princesa! dijo Rodrigo con señaladas muestras de desagrado.

—No, ya no debe quedar duda. Ya os dije que cuando llegó en la litera conducida por Pierres la supuesta doña Rosaura, la infanta salió apresurada á su encuentro. Aquella dió un grito y retrocedió aterrada cuando la vió. Yo pude comprender claramente estas palabras: «Estoy al fin en tus manos!» Doña Leonor se acercó á ella, fingió estrecharla en sus brazos con cariño, la dijo unas palabras que no pude oir desde el sitio en donde yo observaba, y en cuanto cerró la noche marcharon con la tropa.

Quedó Rodrigo suspenso, y despues prorrumpió:

—Mi corazon me impulsaba tras de una lisonjera esperanza; mi deber de caballero me llama hácia una princesa duramente perseguida. Desde hoy... ¡pensemos en doña Blanca!

—¿Y todavia nada habeis podido traslucir?... ¿nadie ha sospechado de vos?... preguntó Armilda.

—Descubrir, nada. Doña Leonor no se confia de mí como acostumbraba hacerlo; pero como mi posicion en la córte me franquea el paso hasta su lado, he creido que algun dia me seria fácil sorprender su secreto. Sin embargo, nada consigo, y esta situacion es menester que se acabe.

—¿Podríais facilitarme una entrevista con la infanta?

—Podríamos intentarlo. Si me seguis, iremos. De mi valimiento no respondo que...

—¡Bien, vayamos! añadió Armilda. ¿Dónde se encuentra doña Leonor?

—En Bearne, en el alcázar de Ortés, contestó el jóven.

Las tres de la tarde serian del 30 de Abril de 1462 cuando marchaban en direccion á Ortés en dos hermosos caballos Armilda y el jóven Rodrigo.

Apenas llegaron, se presentó este en el alcázar de la infanta.

—Llegais en hora muy buena, le dijo; en este momento necesitaba encargaros una comision importante.

—Dispensad, señora, contestó Rodrigo disimulando el descontento de verse contrariado en sus planes al ocuparle la infanta.

—Es preciso que lleveis un pliego para mi señor padre. Tomadle.

El jóven dudó un momento acerca del partido que deberia tomar en aquella ocasion. Faltar al cumplimiento de sus deberes era declararse rebelde. Retardar las investigaciones para encontrar á la princesa, era dar tiempo á sus enemigos. Sin embargo, marchó á la corte.

Cuando entregó el pliego al rey don Juan, el monarca leyó:

«Mi rey, mi padre y señor: en este momento, que son las dos de la tarde, acabo de recibir una comunicacion firmada por mi hermana doña Blanca en su retiro de San Juan de Pie, acompañándome una copia de la renuncia que ha hecho á favor de su primo el rey don Enrique de Castilla de los títulos y derechos de la corona de Navarra.—En el alcázar de Ortés á 30 de Abril de 1462.—Vuestra humilde hija, Leonor.»

Concluida la lectura, el rey preguntó á Rodrigo:

—Cuando la renuncia, ¿estábais en San Juan de Pie del Puerto? ¿Sabeis cómo, al fin, consintió en hacerlo?...

Rodrigo, que nada sabia del contenido del pliego que reservadamente acababa de leer el monarca, se suspendió al oir tan significativas palabras, y volviendo á ser preguntado, se limitó á contestar:

—Señor, yo vengo de Ortés; mas antes no estuve en San Juan.

Por esta respuesta, el rey temió si habria cometido una imprudencia con las espresiones soltadas ante uno que no estaba en el secreto, y para enmendarlo escribió en otro papel, y le dió á Rodrigo, diciéndole:

—Vuestro buen deseo en servirme no será desmentido en la eficacia con que llegará este escrito á manos de doña Leonor, mi hija.

Nuevo compromiso era este para el leal caballero. Siempre le acometian por el lado que no sabia resistir; por el pundonor. Esta vez, como las otras, cumplió exactamente su cometido: pero al volver á Bearne llevaba consigo un recuerdo que tal vez le conduciria al término tan deseado. No habia olvidado las espresiones del rey: *San Juan de Pie del Puerto; la renuncia; cómo fué el consentimiento.* Mucho se aclaraba para él en estas palabras, y así, en cuanto entregó á la infanta el escrito de su padre, corrió á buscar á la gitana para concertar con ella el modo de descubrir al dia siguiente si en San Juan estaba doña Blanca.

En el momento que doña Leonor leyó el papel devuelto por su padre, se apresuró á ponerle otro concebido en estos términos: «Mi padre y señor: segun me ordenais en vuestra última, cuando recibais esta ya estará mi hermana en poder del Cáptal del Buch. Ahora mismo practico las diligencias convenientes para su cumplido efecto. No se descuida un punto cuando se trata de vuestras soberanas órdenes, vuestra obediente hija—Leonor.» En el instante que la infanta confiaba este escrito á un caballero de su servidumbre, salia otro del mismo alcázar, trasladando una órden secreta á San Juan de Pie del Puerto.

CAPITULO VII.

Astucia bien empleada.—Llegar al término deseado.—El tocador de la princesa.—Terrible descubrimiento.—Fin desastroso.

Los dias pasaban y pasaban las semanas y ni Rodrigo ni Armilda conseguian averiguar en dónde se hallaba la princesa. Ya casi habian perdido la esperanza de lograrlo.

Dos años iban trascurridos desde que Rodrigo, creyendo haber penetrado el misterio, se dirigió á San Juan de Pie del Puerto, y cuando allí llegó vió desvanecida su ilusion, sabiendo que si antes podia presumirse algo por la suma vigilancia con que un grueso de tropas custodiaba el palacio de los condes de Bearne, ya desde el dia anterior se habian retirado los soldados y el palacio estaba deshabitado. Una mañana en los últimos dias del mes de Noviembre de 1464, un peloton de soldados á la puerta del castillo de Ortés, entretenia el tiempo jugando á los dados.

En una de las veces que meneaba el bote de hoja de lata uno de aquellos hombres, al parecer jefe del destacamento por su avanzada edad y por cierto respeto que todos prestaban á sus palabras, otro soldado con la visera calada se acercó á la mesa, puso la mano y dijo:

—¡Contra cincuenta florines, esta sortija! y manifestó en su mano un anillo de inapreciable valor.

El viejo soldado miró de piés á cabeza al nuevo jugador; mas como le fuese imposible conocerle, dijo con gran cachaza sin apartar los ojos de la sortija:

—Vayan los cincuenta florines; pero, sabe, no me deis gato por liebre, que en la cara no sois mucho de fiar.

Entonces el encubierto cogió el bote y le movió diciendo:

—Viejo maulon, saca treinta florines y va la misma prenda.

El veterano hizo como se le pedia, el otro tiró los dados y la sortija pasó á manos del viejo. Entonces el encubierto se acercó á su oido, le dijo algunas palabras y los dos entraron en el zaguan del castillo. El soldado habló así sin descubrirse la cara:

—Tú eres el embozado que hace veinte y dos años llevaste un papel á una gitana para que cometiese un crímen...

El viejo, á tales palabras, tembló de piés á cabeza.

—¡Mientes! replicó; y á fé que pagarás tu atrevimiento. ¡Hola!...

—Inútil es que des voces; solo conseguirás hacer público tu delito.

—¿Con qué pruebas?...

—Don Pedro al morir lo ha declarado todo. Además, este papel...

—¡Oh, Dios!.. ¡mi letra! gritó lleno de terror el viejo.

—¡Tu letra, he! pues bien; si es tuya ella te condena. Con que ahora elije: ó te descubro y te pierdes como mereces, ó me haces un gran servicio que voy á pedirte, y la recompensa te será dada largamente. Toma, entretanto. Y le dió un gran bolsillo con dinero.

—¿Quién sois?... ¿y qué servicio?...

El encubierto alzó la visera y el viejo retrocedió asombrado, diciendo:

—¡Cielos, la gitana!

—Sí, ¡la gitanilla! contestó esta. Yo soy. Hace dos dias que te reconocí, supe que á tu cargo está este castillo y necesito que me facilites penetrar en él.

—¿Qué decís? repuso el hombre asustado. Eso es imposible, mi vida...

—Tu vida está en mis manos con este papel.

—¿Y si la infanta?...

—Hola, salieron ciertas las sospechas, dijo para sí Armilda. Y dirigiéndose al viejo continuó: la infanta... si tú lo haces con maña, nada sabrá.

No hizo gran resistencia el guardador del castillo, y á poco volvió á salir el soldado con la cara cubierta, despues de haber obtenido del alcaide que tres dias más adelante penetraría por una galería secreta en el castillo.

Pasaron los tres dias convenidos. Era la mañana del 2 de Diciembre. En un aposento casi subterráneo, cerca de un poco de lumbre, una mujer de aspecto desagradable se ocupaba en prender el tocado de una señora, en cuyo semblante amable y agraciado se veian marcadas huellas de profundos padecimientos.

Al terminar la doncella de prender el último alfiler, se retiró diciendo:

—Señora, os dejo sola, más tarde volveré á entrar. Dios os guarde.

Apenas quedó sola, una puerta tan disimulada en el muro que nunca la dama la habia notado, se abrió y aparecieron dos soldados cubiertos los rostros. La dama dió un grito diciendo:

—¡Oh, Dios! ¡mis asesinos!

—¡Los libertadores de doña Blanca de Navarra! gritaron descubriéndose.

—¡Cielos! ¡Rodrigo! la gitana! exclamó la princesa tendiendo hácia ellos sus brazos.

—Señora, dígnese V. A. recibir este don de un desgraciado...: dijo Armilda entregándola la cajita que llevaba oculta.

En cuanto fijó en ella su vista la princesa rompió en amargo llanto diciendo: ¡De mi hermano! sí: ¡la reconozco! ¡yo se la dí! ¡Desventurado! ¡tú tambien sacrificado como tu hermana!

—Pero, señora, ese llanto... repuso Rodrigo.

—¿Acasó no debo llorar su pérdida? continuó la princesa; ¿ó pensais tal vez, que por tanto tiempo de prisiones la ignoro? No: todo lo supe el dia que me dejásteis en el castillo cuando llegaron los beamonteses persiguiendo á mi hermana, y yo me refugié en el convento inmediato.

—¡Y despues disteis en poder de vuestros enemigos! le interrumpió Rodrigo.

—La noche que llegásteis al monasterio, generoso jóven, conociendo yo vuestras armas, quise saliros al encuentro; pero me hallé frente á frente con mi hermana Leonor. Salió ella de su prision, y en seguida envió gente para sacarme de allí.

La princesa limpió algunas gotas de sudor que corrian por su rostro, y haciendo una breve pausa, dijo:

—Esta cajita, ¿qué contiene? ¿para qué se me devuelve?

—No lo sé, señora; solo sé que debe abrirla V. A...

La princesa hizo saltar la cerradura del cofrecillo. Dentro habia unos papeles; se apresuró á leerlos. Luego que hubo pasado la vista por ellos, los dió con precipitacion á la gitana, exclamando:

—¡Será cierto, gran Dios! ¡Tomad, tomad, Armildad, leed!

La gitana los tomó, y leyó estas palabras despues de algunas líneas que se dirigian á doña Blanca:

«..... Enamorado de la hermosa Armilda, hija de una judía, me casé con ella; pero como mi matrimonio no podia publicarse, la impuse á mi esposa el duro precepto de vivir desconocida y desconociéndome, ella ocupando una humilde casa como gitana, y yo visitándola como un caballero principal.» Aquí Armilda dió un agudo grito: ¡Mi esposo! y no pudo continuar. Luego que se recobró continuó leyendo: «Tuvimos un hijo, de su nacimiento solo supieron las personas indispensables; entre ellas mi fiel amigo don Pedro de Almendariz, que por su castillo me facilitaba la comunicacion con la casa del arrabal de Lodosa. El niño se criaba en Carcar; pero nos le arrebató un horrible acontecimiento. Una gitana un dia le robó...» No leyó más Armilda, tendió sus brazos, estrechó en ellos á Rodrigo, diciendo: ¡mi hijo! y quedó sin conocimiento.

—¡Madre mia!... ¡doña Blanca hermana de mi padre! fueron las únicas palabras que pudo pronunciar Rodrigo.

La princesa tambien habia caido sobre su sillon, y apoyado el brazo sobre la mesa y la cabeza en la mano, permanecia callada, estregándose de cuando en cuando la frente.

Luego que Armilda volvió en sí se arrojó á los piés de doña Blanca diciendo: «¡Señora... perdonad... un desacierto!...

La princesa se conmovió á esta voz; pareció volver de su estupor, y abrazándose con Armilda, prorrumpió

—¡En mis brazos! ¡en mis brazos!... ¡hermana mia!...

Armilda en el momento de acercar su rostro al tocado de la princesa hizo un ademan de sorpresa. Se detuvo un poco, y en seguida se apartó horrorizada gritando:

—¡Doña Blanca!... ¡hermana mia!... ese olor... sí, sí... es indudable!... ¿quién os ha puesto esa toca?... ¡pronto, pronto!...

—Me la ha puesto la doncella que me sirve... ¡hace un año!... contestó la princesa con voz entrecortada.

—¡Oh, qué horror! ¡estais envenenada!... gritó Armilda pasándose la mano por la frente.

—¡Envenenada! exclamaron á la vez doña Blanca y Rodrigo.

—¡Sí! ¡y yo tambien lo estoy!... he respirado sus emaciones. Retírate, hijo; ¡no te acerques á nosotras! añadió al ver en Rodrigo el ademan de aproximarse. ¡Sí!... ese lienzo está contaminado. ¡Arrojadle en el fuego! dijo, arrancando la toca del cuello de la princesa y echándola en la lumbre.

—¿Y un contraveneno?... se apresuró á decir Rodrigo.

—No alcanza, hijo mio; contestó Armilda. No hay tiempo: el veneno impregnado en ese lienzo es de tal clase, que solo en el instante de aspirarle puede tener remedio, pero una vez inficionada la sangre, todo reactivo no hace sino prolongar el suplicio y despertar los dolores que él no dá.

En este momento la princesa se desplomó en el respaldo del sillon, exhaló un profundo suspiro, inclinó la cabeza sobre su pecho y quedó sin movimiento. Armilda y Rodrigo se lanzaron hácia ella, tomándola de las manos y horrorizándose al encontrarlas inanimes, frias como el hielo.

Se abrió de repente una puerta y apareció en el dintel una mujer. Armilda, dando un terrible sacudimiento, gritó: «¡Doña Leonor!» No pudo decir más. Cayó á los piés de doña Blanca, reclinó la cabeza sobre la falda de esta señora, y sus ojos se cerraron para siempre.

Rodrigo, ciego de cólera, furioso, hizo ademan de echar mano á su espada; pero la infanta le detuvo diciendo:

—¡Deteneos, impetuoso jóven! ¿qué intentais?... Salid de aquí al momento. Afuera os aguarda una órden del rey, que cumplireis mal que os pese. El traidor que aquí os ha conducido recibirá el pago que merece.

Rodrigo, con loca desesperacion, salió del castillo. Pocas horas despues, entre una escolta, como reo de Estado, caminaba para Nápoles.

El cadáver de doña Blanca fué enterrado en la catedral de Lescár.

Doña Leonor vió cumplido su deseo. Muerto su padre le sucedió en el trono: fué proclamada reina el dia 28 de Enero de 1479. Una enfermedad aguda la quitó la vida en dos dias, el viernes 12 de Febrero del mismo año. ¡Logró reinar *quince dias*!

FIN.

HISTORIAS

QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

Historia	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5
Carlo-Magno y los doce Pares de Francia.	4
Roberto el Diablo.	4
El conde Partinoples.	4
Clamades y Clarmonda, ó el caballo de Madera.	4
Flores y Blanca-Flor.	4
Pierres y Magalona.	4
Aladino ó la Lampara Maravillosa.	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	4
El Nuevo Robinson.	4
Napoleon I. emperador de los franceses.	4
El caudillo carlista D. Ramon Cabrera.	4
El general Espartero.	4
D. Martin Zurbano.	4
Doña Blanca de Navarra.	4
Orlando Furioso.	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza.	4
D. Diego Leon.	3
El conde de Montemolin.	3
Zumalacárregui.	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla.	3
Bernardo del Carpio.	3
Hernan Cortés ó la conquista de Méjico.	3
Los siete infantes de Lara.	3
D. Pedro de Portugal.	3
La doncella Teodora.	3
La heróica Judith	3
Noches lúgubres de Cadalso.	3
Matilde y Malek-Adhel.	3
Abelardo y Eloisa.	3
Ricardo é Isabela ó la Española-Inglesa.	3

Historia	Plieg.
El marqués de Villena ó la Redoma Encantada.	3
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca Encantada.	3
El conde de las Maravillas.	3
Santa Genoveva.	3
El Nuevo Navegador ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.	3
El Gran Capitan Gonzalo de Córdoba.	3
El Bastardo de Castilla ó el Castillo del Diablo.	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason.	3
La Hermosa de los cabellos de oro.	3
La Guirnalda milagrosa.	3
Los siete Sábios de Roma.	3
Guerra de la Independencia española.	3
Los Niños de Ecija.	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro blanco encantado.	3
El Principe Selim.	3
Las Dos Doncellas disfrazadas.	3
Antelmo Collot.	4
El Santo Rey David.	3
El Casto José.	2
El Juicio Universal.	2
San Alejo.	2
San Amaro.	2
Francisco Esteban el Guapo.	2
El Marqués de Mántua.	2
El Valeroso Sanson.	2
La Creacion del Mundo.	2
El Diluvio Universal.	2
San Albano.	2
Nuestra Señora de Monserrat, y penitencia de Fray Juan Garín.	3